

NUEVAS PERSPECTIVAS MUSICALES

La música está intrínsecamente unida al culto cristiano. Esta ha formado parte de la liturgia desde sus orígenes. Más aún, está muy presente en sus antecedentes judíos, ya que los salmos no son sino oraciones cantadas y la invitación al canto es frecuente al comienzo de la alabanza judía (cf. Ex 15,21; Is 42,10; Sl 105,1), por ejemplo. Y la Iglesia primitiva heredó esta importancia de la música en el culto, continuando la práctica sinagoga del canto de los salmos y de otros himnos (cf. Ef 5,19; Col 3,16).

San Agustín ensalza el papel de la música en la liturgia:

Cuando siento que aquellos textos sagrados, cantados así, constituyen un estímulo más fervoroso y ardiente de piedad para nuestro espíritu que si no se cantaran. Todos los sentimientos de nuestro espíritu, en su variada gama de matices, hallan en la voz y en el canto sus propias correspondencias o modos. Excitan estos sentimientos con una afinidad que voy a calificar de misteriosa (*Confesiones X, 33, 49*).

Ya próximos a nuestra época, en la renovación litúrgica del siglo xx, ocupó un protagonismo particular la música, como cauce para la participación. La restauración del canto gregoriano llevada a cabo por los monjes del monasterio benedictino de Solesmes (Francia) a finales del siglo xix y el Motu proprio *Tra le sollecitudini* de san Pío X, del 22 de noviembre de 1903, testimonian cómo el papel de la música en la liturgia estaba entre las preocupaciones del movimiento litúrgico desde sus orígenes.

El capítulo VI (núms. 112-121) dedicado a la música sagrada en la Constitución conciliar sobre la liturgia *Sacrosanctum Concilium*, del

4 de diciembre de 1963, fue desarrollado en la Instrucción *Musicam sacram* de la Sagrada Congregación de Ritos y del *Consilium* sobre la música en la sagrada liturgia, publicada el 9 de febrero de 1967.

Aunque ha pasado medio siglo desde este documento, algunas de sus afirmaciones no han perdido vigencia. Así, por ejemplo, en su número 5 leemos:

La acción litúrgica adquiere una forma más noble cuando se realiza con canto [...]; mediante la unión de las voces, se llega a una más profunda unión de corazones; desde la belleza de lo sagrado, el espíritu se eleva más fácilmente a lo invisible; en fin, toda la celebración prefigura con más claridad la liturgia santa de la nueva Jerusalén.

La participación en la celebración activa, consciente y fructuosa, era y sigue siendo una de las preocupaciones litúrgicas. Y la música ayuda en gran medida a conseguirlo.

Para ello, como afirmó el papa Francisco el 4 de marzo del año pasado en su discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre música sagrada, «será necesario salvaguardar y valorizar el rico y multiforme patrimonio heredado del pasado, utilizándolo con equilibrio en el presente y evitando el riesgo de una visión nostálgica o “arqueológica”». Pero también hay que conseguir que «la música sagrada y el canto litúrgico estén plenamente “inculturados” en los lenguajes artísticos y musicales de la actualidad». De este modo «se podrá hacer que nuestros corazones vibren, creando un clima emotivo oportuno que disponga a la fe y suscite la acogida y la plena participación en el misterio que se celebra».

Ahora bien, los caminos tomados por la música sagrada tras el Concilio Vaticano II han sido variados y no siempre en la dirección correcta. En ocasiones la música sagrada ha tomado matices mediocres, superficiales y banales, en detrimento de la belleza y la intensidad propia de las celebraciones litúrgicas. Por esta razón, pide el Papa, que «los diversos protagonistas de este campo, músicos y compositores, directores y cantores de las *scholae cantorum*, animadores de la liturgia, pueden dar una preciosa contribución a la renovación, especialmente de calidad, de la música sacra y el canto litúrgico».

Phase ha intentado caminar en esta dirección y para ello ha incluido artículos u otras colaboraciones dedicadas a la música o al canto prácticamente en todos sus años de existencia, como se puede corroborar en el índice publicado en el número 300 de la revista. Y una vez más, en esta ocasión al haberse cumplido el cincuentenario de la publicación de la Instrucción *Musicam sacram* centramos la atención de la revista en la música sagrada.

Así, Fergus Ryan nos presenta el documento *Musicam sacram*, Jordi A. Piqué nos habla de la función sacramental de la música y Daniel Escobar nos ofrece criterios para la selección de cantos y la música litúrgica. Estos tres artículos se ven complementados con cuatro puntos de vista: Óscar Valado expone la participación con el canto en nuestras celebraciones, Raúl del Toro explica la diferencia entre la música tonal o música modal, Roberto Fresco escribe sobre la profesionalización de la música litúrgica y, finalmente, Cristóbal Fones nos acerca a una realidad de inculturación musical con la Misa *ülkantun* del canto mapuche.

José Antonio GOÑI

Director de la revista «Phase»